



TIEMPO DE MEMORIA

Rüdiger Safranski
HÖLDERLIN

o El fuego divino de la poesía

TUSQUETS
EDITORES

RÜDIGER SAFRANSKI
HÖLDERLIN
o El fuego divino de la poesía

Traducción del alemán de Raúl Gabás

Título original: *Hölderlin. Komm! ins Offene, Freund!*, by Rüdiger Safranski

1.ª edición: febrero de 2021

© 2019 Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München

© de la traducción: Raúl Gabás Pallás, 2021

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-912-9

Depósito legal: B. 296-2021

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Prólogo	11
Capítulo 1	15
Orígenes. El sector elitista. Hölderlin se considera importante. Mueren los padres, permanece la madre. Dioses de la infancia. Relación con la madre. Köstlin. Schelling el niño prodigio.	
Capítulo 2	27
Denkendorf. Vida conventual. Carta a Köstlin. Examen pietista del alma. Autoafirmación de un alma contra lo «mundano». Miedo de perderse a sí mismo. El Maulbronn liberal. Primera historia de amor. El vuelo de Píndaro y la grandeza de Klopstock. Llegar al mundo como poeta.	
Capítulo 3	43
Seminario de Tubinga. Placer de aprender. Hölderlin estudia a Kant y Spinoza. La razón y las razones del corazón. Religión del amor. La alianza de amigos y el «reino de Dios». Hegel. Schelling. Entusiasmo revolucionario en el seminario. «Al genio de la audacia».	
Capítulo 4	59
Entronización filosófica de la imaginación creadora. La legitimación de la propia fuerza creadora. La liga de poetas. Magenu. Neuffer. Stäudlin. Himnos tempranos demasiado elevados. Literatura y vida. Hölderlin no era un romántico. La grecomanía, «Los dioses de Grecia» en Schiller y la Antigüedad de Hölderlin. ¿Retorno de los dioses? El comienzo del <i>Hiperión</i> .	

Capítulo 5	75
Termina el tiempo en el seminario. Inquietudes políticas. Renz. Mejor preceptor que predicador. Charlotte von Kalb. Hölderlin con Schiller en Ludwigsburg. Elise Lebret. Despedida y marcha a Waltershausen.	
Capítulo 6	87
Waltershausen. Renovar la amistad desde la lejanía. Historias de amor sin trascendencia. Marianne Kirms. <i>Hiperión</i> . El primer fragmento. La atracción del mundo griego y la forma de novela. Hölderlin busca el éxito en el público. Prólogo al <i>Hiperión</i> . Excentricidad y caída en el pecado. Búsqueda del ser lleno. Momentos extáticos, pero sin duración.	
Capítulo 7	105
Schiller publica el Fragmento del <i>Hiperión</i> . Dificultades con el pupilo. El problema del onanismo. Separación de la casa de los Kalb. Jena. El «suabo más querido» de Schiller. Encuentro fallido con Goethe. El «yo» de Fichte y la búsqueda del ser por parte de Hölderlin. <i>Juicio y ser</i> . Reelaboraciones del <i>Hiperión</i> bajo influjo filosófico.	
Capítulo 8	125
Partida súbita de Jena. Busca la cercanía de Schiller y luego huye. Enredado en la filosofía. Contradicciones atormentadoras. La filosofía de la libertad y el joven Schelling. Filosofía o poesía. <i>El más antiguo programa de sistema del idealismo alemán</i> . La fundación de una nueva mitología y la belleza.	
Capítulo 9	141
Schiller rechaza el poema «A la naturaleza». Comienza la historia de amor con Susette. Idilio en Bad Driburg. El erótico Wilhelm Heinse como encargado de la vigilancia. <i>Ardinghello y las islas afortunadas</i> . Marcha hacia Francia. Desencanto político y esperanza de que Alemania llegue a convertirse en una nación cultural. Sueños de autoafirmación. Schiller acepta «Las encinas».	

Capítulo 10	157
<i>Hiperión</i> . La redacción definitiva. Lo que se añadió. La lucha política, desencanto. Alabanda y Sinclair. Diotima y Susette. Nueva conciencia de sí. La invectiva contra los alemanes. Lo divino. Cumbres del arrobamiento en Hölderlin. <i>Hiperión</i> como novela sobre el nacimiento de un poeta. Goethe y Schiller se asesoran sobre Hölderlin. Crisis en casa de los Gontard. Despedido de Hölderlin.	
Capítulo 11	177
A Rastatt con Sinclair. Nuevos amigos. Esperanzas revolucionarias. <i>Empédocles</i> . Jugárselo todo a una carta, en el plano político y en el personal. Mística de la unión y política. Se pierde la forma dramática, y también el motivo político. Lo propio en <i>Empédocles</i> . Fracasa un proyecto de revista. Intercambio epistolar en secreto con Susette. Falta de perspectiva.	
Capítulo 12	197
Hölderlin permanece oculto. Pero su poesía se abre colosalmente. El verano agraciado de 1800 en Stuttgart junto con Landauer. ¡Ven a lo abierto, amigo! Los grandes himnos y elegías. «La marcha al campo». «Quejas de Menón por Diotima». «El archipiélago». «Pan y vino».	
Capítulo 13	221
Las delicias de la vida ordinaria. «Fantasía vespertina». Hauptwil. Lo patrio. La devoción revolucionaria de Hölderlin. Paz de Lunéville. Cambio de tiempos, escatología. «Fiesta de la paz». El nacimiento de un poema a partir de otro. «Como cuando en días de fiesta» y «Mitad de la vida». Retorno a casa. Llamada de auxilio a Schiller. «No me necesitan.»	
Capítulo 14	239
El viaje de invierno a Burdeos. La magia del lugar. Partida enigmática. Especulaciones. Bajo los golpes de Apolo. Muerte de Susette. Llegada a Stuttgart y Nürtingen, confuso y desamparado. Furia. Contra la madre. A Regensburg con Sinclair. El himno «Patmos». «Recuerdo».	

Capítulo 15	255
A campo traviesa hacia Murrhardt para ver a Schelling. Hölderlin traduce obras de Sófocles. Lo extraño se hace más extraño. Traslado a Homburg. Funestas tertulias en Stuttgart. La denuncia de Blankenstein. Sinclair encarcelado: proceso por alta traición. Hölderlin en la encrucijada. «¡Yo no quiero ser un jacobino!» Hölderlin destroza el piano. Traslado a la clínica.	
Capítulo 16	267
La psiquiatría de Autenrieth. En casa del ebanista Zimmer. En la torre, habitación y vistas. Situación confortable. Todavía un hombre guapo. Cartas a la madre. En el piano; canto. Poesías improvisadas. ¿Qué grado de locura? Las fuentes principales: Varnhagen von Ense, Wilhelm Waiblinger y Christoph Schwab. Cuando la fantasía se enriquece a expensas del entendimiento. La muerte apacible de Hölderlin.	
Capítulo 17	285
Los románticos descubren a Hölderlin. Bettine y Achim von Arnim. Brentano, Görres. Los fieles suabos, la joven Alemania. Las primeras ediciones. El joven Nietzsche lee a Hölderlin. Favorecido por el nuevo espíritu de la época. Hellingrath y Stefan George descubren a Hölderlin. La carrera triunfal. El abuso. Heidegger lee a Hölderlin. El sacerdote de la poesía. El lejano Hölderlin. «¡Ven a lo abierto, amigo!»	
Apéndices	
Bibliografía	305
Cronología	313
Índice onomástico	329

Friedrich Hölderlin, nacido el 20 de marzo de 1770 en Lauffen am Neckar, creció en el ambiente de los «honorables» de la sociedad suaba. Así se denominaba con orgullo la élite del estrato medio alto, compuesto sobre todo por funcionarios del Estado y de la Iglesia protestante del ducado. En éste era de rigor una conducta piadosa, por lo menos en el foro externo; todos prestaban rigurosa atención a ello. Allí reclutaba la Iglesia sus vocaciones, vigiladas y apoyadas económicamente por el duque. Sus miembros se relacionaban entre ellos y también contraían matrimonio dentro de su círculo, con lo que el ambiente estaba dominado por relaciones de parentesco muy ramificadas que permitían mirar retrospectivamente a una historia común. Los Hölderlin pertenecían a este estrato elitista de los «honorables», y de una manera especial. En efecto, la madre de Hölderlin, hija de un párroco de Zabergäu, descendía de Regina Bardili (1599-1669), conocida como la «madre del espíritu suabo». A través de ella Friedrich Hölderlin estaba emparentado lejanamente con Schelling, Hegel, Uhland y Karl Friedrich Reinhard, que en tiempos fue también alumno del seminario de Tubinga y en la Francia revolucionaria tuvo a su cargo funciones importantes en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

En estos círculos se prestaban apoyo mutuo, se atendía rigurosamente a la reputación, y era habitual mostrarse piadoso, esforzado y orgulloso de la propia moral, distanciándose de la sospechosa inmoralidad de la corte ducal.

El padre, Heinrich Friedrich, era mayordomo del convento, como ya antes lo había sido el abuelo. Administraba los bienes

del convento secularizado de Regiswindis en Lauffen. El puesto era prestigioso y lucrativo. Ya el abuelo había creado cierta fortuna con su oficio, y Heinrich Friedrich, un jurista experto en negocios, supo aumentarla. Pero lo cierto es que no tuvo mucho tiempo para ello, pues en 1772, solo dos años después del nacimiento de Friedrich Hölderlin, este hombre risueño, comunicativo, inclinado a las alegrías mundanas y hasta entonces enteramente sano, falleció repentinamente a causa de un ataque de apoplejía.

Difícilmente tendría Friedrich un recuerdo real de esta pérdida temprana, por más que en la adolescencia evocara en tono melodramático la escena del sepelio: «Me volví silencioso a las hileras de cadáveres, resplandecían antorchas en el caro ataúd [...]. Cuando yo, todavía un débil y balbuceante niño, ¡oh padre!, ¡querido padre bienaventurado!, te perdí» (citado en Chronik, 12).

La joven madre se quedó sola con tres niños: Friedrich, una niña de un año, que murió poco después, y la hermana Maria Eleonora Henrike, llamada Rike, que nació al poco tiempo de la muerte del padre.

La «hermosa viuda», tal como llamaban a la madre, no permaneció sola durante mucho tiempo. Pidió su mano Johann Christoph Gok, un amigo del difunto padre. Era hijo de un profesor de primaria y, por tanto, no pertenecía todavía a los «honorables», si bien, como escribiente en Lauffen, estaba en el buen camino hacia esa meta. Gok, lo mismo que antes el padre de Hölderlin, tenía estrecha amistad con el alto funcionario Bilfinger, que estaba muy bien relacionado. Cuando éste fue trasladado a Nürtingen atrajo también a Gok, que fundó allí un negocio de vinos con ayuda de Bilfinger. Entre Gok y la «hermosa viuda» surgió pronto una relación. Gok no era una persona calculadora, era tenido por leal y desinteresado, pero aun así debió de alentarle la perspectiva de un buen partido, pues la joven viuda era una mujer con fortuna.

El alto funcionario Bilfinger, padrino de bautismo de los niños Hölderlin, aconsejó el matrimonio, y la madre tampoco albergaba muchas reticencias. Karl, hermanastro de Hölderlin, dirá retrospectivamente que ella, «en aras de la preocupación

por la educación de los niños y por la administración de su fortuna [...] se sintió inclinada a conceder su mano a un amigo acreditado del primer marido, muerto en edad temprana, al consejero de cámara Gok, que poco antes se había trasladado a Nürtingen» (cit. en Wittkop, 5).

De todos modos, Gok no era «consejero de cámara» antes del matrimonio. El título fue adquirido gracias a la madre de Hölderlin, que debió invertir una pequeña suma de dinero en su segundo marido. Adquirió una gran finca en Nürtingen ya antes de casarse, el Schweizerhof, con sus tierras correspondientes. La bodega se llenó de abundantes reservas, aunque más adelante fue un negocio ruinoso. Gok no entendía del comercio de vinos y, por otra parte, se mostraba despreocupado, sediento de actividad y lleno de confianza en sí mismo. El vino picado, acumulado en grandes cantidades, era de mal vender. Johanna hizo constar esta circunstancia en su testamento, recordando los reproches a su segundo marido por la ostentosa administración de un dinero que no le pertenecía.

Con el apoyo de Bilfinger y con la seguridad que le daba la fortuna de Johanna, Gok optó con éxito a la alcaldía de Nürtingen. Fue elegido en 1776. Por supuesto, este acelerado ascenso a la clase de los «honorables» suscitó envidias, pero, por lo demás, desempeñó su oficio con satisfacción general. Johanna podía estar orgullosa de él. Tenía en alta estima el rango y el prestigio, y transmitió este orgullo a Friedrich, que se preciaba de pertenecer a los «honorables». En el seminario de Tubinga, éste le quitó en una ocasión el sombrero de la cabeza a un auxiliar de enseñanza, inferior a él en rango social, que se había negado a descubrirse tal como era su deber estamental. Friedrich Hölderlin se tenía a sí mismo en muy alta consideración.

En la extensa finca del Schweizerhof, que era tanto urbana como rural, Friedrich tuvo una infancia que luego le gustaba recordar, un lugar de «alegría juvenil, de horas de juego y de sonrisa relajada» (cit. en Chronik, 14). Más adelante se recordaba, por ejemplo en el esbozo en verso del *Hiperión*, como un muchacho inmerso en ensoñaciones, al que los compañeros de juego tenían que devolver a la realidad una y otra vez:

Era frecuente que yo solo la mitad oyera y viera,
cuando tenía que ir a la derecha, iba a la izquierda,
si tenía que traer de prisa un tazón,
yo traía un cesto, y aunque bien oyera,
antes de hacer lo que era mi obligación,
mi gente ante mí se había presentado
para aconsejarme, y los enemigos
para incitarme a un combate repetido,
y esta preocupación mayor me había quitado
la más pequeña.

[...]

Esto mil pequeños sufrimientos me costaba.
Siempre era perdonable que muchas veces
los más sensatos con risas del corazón nacientes
asustados de mi dichoso éxtasis me despertaran...
(MA I, 521, vv. 218-227, 233-236).

Los jardines de la niñez en torno al Schweizerhof evocaban para Hölderlin el lugar en el que llegó a conocer por primera vez lo divino:

Puesto que era un niño,
con frecuencia me salvó un dios
del azote de los hombres y su grito.
Seguro jugaba entonces mi buen juego
con las flores nacidas en el bosquecillo,
y también las suaves brisas del cielo
ensayaban un juego conmigo.

[...]

¡Oh todos vosotros, fieles dioses amigos!
Sabed que con alma entera os amaba.
Cierto que entonces no os llamaba
con nombre propio, y tampoco vosotros
me llamabais a mí de aquel mismo modo
como los hombres en general se llaman.

Porque más a fondo os conocía
que jamás a los hombres conocí
el silencio del éter comprendía,
palabras de hombre nunca entendí.

Me educaron armonías del sonido
y arboledas con susurro de sus hojas,
aprendí el amor donde las flores posan,
en brazos de los dioses yo he crecido
(MA I, 167 s., vv. 1-7, 16-32).

En su recuerdo, siempre percibía las palabras de los seres humanos a su alrededor como demasiado bulliciosas en el «silencio del éter». No sabemos si Hölderlin ya entonces experimentaba realmente el éter, o sea, el aire y la atmósfera, como una especie de poder divino de la naturaleza, o bien en el momento de escribir esas palabras, veinte años más tarde, las proyectaba hacia atrás en el tiempo. En cualquier caso, en los recuerdos transformadores de la infancia tenía una función muy escasa el Dios moral del ambiente pietista en el que Hölderlin creció. Más bien, se ve amorosamente protegido por los numerosos dioses, sin nombre, que parecen proceder de la Antigüedad griega y no de la esfera cristiana.

La ciudad de Nürtingen está situada en un encantador y suave paisaje al pie de los Alpes suabos, rodeada por un paraje de fértil agricultura y entremezclada con jardines de fruta y flores; en las praderas de la orilla del Neckar hay avenidas de álamos. En un círculo más amplio ascienden praderas en forma de colina, salpicadas por capillas que contemplan desde lo alto un paisaje ondulante.

Nürtingen era una ciudad autónoma desde el siglo XIV. Sus ciudadanos se sentían orgullosos por ello y por sus instituciones urbanas: una escuela de latín, un hospital, cargos con privilegios, un mercado y varias iglesias. Pero en la noche del 12 al 13 de diciembre de 1750 se desencadenó un fuego devastador que redujo 133 edificios a escombros y ceniza. Quedó afectado todo el núcleo medieval de la ciudad, pero la villa se reconstru-

yó rápidamente. Por tanto, el Nürtingen de Hölderlin era en gran medida una ciudad construida de nuevo. La catástrofe del incendio inflamó el espíritu pietista, que ya alentaba previamente. Todavía en los años ochenta del siglo XVIII, durante la época escolar de Hölderlin, podían oírse en los púlpitos exhortaciones de este tenor: «¿Cuál pudo ser la causa del lamentable castigo impuesto por el juicio de Dios? Sin duda la única causa es que sus ciudadanos y habitantes no obedecían a la voz de Dios...» (cit. en Wittkop, 4). Las estrictas autoridades eclesiásticas de la ciudad toleraban con reticencias las tradicionales fiestas populares, por ejemplo las Jornadas de mayo en Nürtingen, a las que acudía la gente de todo el entorno. Había música, danza y teatro. Esas fiestas eran una cumbre alegre del año, sobre todo para los niños y los jóvenes. Sin embargo, se procuraba que la diversión no se saliera de madre. La comedia comenzaba con un acto de culto religioso, costumbre que indujo a un observador coetáneo a la siguiente reflexión burlesca: «Lo cómico del conjunto contrastaba mucho con el comienzo festivo de una hora de oración...» (cit. en Wittkop, 15). En Nürtingen la gente era piadosa, por lo menos en apariencia.

En este honrado y burgués Nürtingen se desarrolló la bien protegida niñez de Hölderlin. El muchacho fue tratado con condescendencia y su padrastro lo mimaba. Más tarde, Hölderlin pensará en él con melancolía y dirá que era «un alma siempre alegre» (MA II, 775).

No experimentó realmente la muerte del primer padre, pero la del segundo le afectó mucho. Se produjo en marzo de 1779, cuando Hölderlin tenía nueve años. Una inundación obligó al alcalde Johann Christoph Gok a tales esfuerzos que pocas semanas después murió a consecuencia de un severo enfriamiento. El recuerdo de esta muerte fue siempre doloroso. A la edad de dieciséis años, Hölderlin le dedicó un poema, titulado «Los míos»:

¡Ay! Cuando un día en nuestra choza silenciosa
tu terrible mensajero de la muerte descendió,
y en medio de lamentos al suplicante y medroso
padre por siempre querido de su centro nos quitó;

cuando veía al padre en el terrible y mortal lecho
y a su lado mi madre abatida en el polvo sin sentido...
¡Horror! Todavía en el lugar del llanto la contemplo.
Pesa aún el negro día de la muerte en el recuerdo mío
(MA I, 22, vv. 25-32).

En una carta del 18 de junio de 1799 a su madre, Hölderlin atribuía a la vivencia de esta muerte su «tendencia a la tristeza». Decía que su alma recibió por primera vez aquel estado de «seriedad» que desde entonces nunca lo abandonó por completo (MA II, 775).

Tras la muerte del querido padrastro, Friedrich quedaba abocado por completo a su madre. Su relación con ella era sorprendente y deja abiertas muchas preguntas. El tono de las cartas siguió siendo íntimo y amoroso hasta 1802 aproximadamente, es decir, hasta el primer desmoronamiento. Tras las repetidas quejas de la madre por la separación física con su hijo, éste le escribió: «No muere entre nosotros el espíritu devoto que une a madre e hijo» (18 de junio de 1799; MA II, 774).

Unía a los dos un «espíritu devoto», aunque la devoción de Hölderlin en este momento (1799) no era la misma que la de la madre. Ésta era rigurosamente creyente, ortodoxa, imbuida de interioridad pietista. Hölderlin respetaba la devoción de la madre, pero escondía ante ella su devoción personal, distinta por completo, que iba más allá de lo cristiano. Pero nada de esto impedía el entendimiento entre ambos. Sin embargo, no hubo tal posibilidad de entendimiento en aquello que para Hölderlin se convirtió en el centro de su existencia: la dedicación a la poesía. La madre la ignoró y desaprobó con tenacidad cuando esa entrega redundaba en menoscabo de los estudios y los deberes profesionales. Desde su punto de vista, no había duda de que los poetas no pertenecían al estrato de los «honorables». Tan solo una vez se interesó por la producción literaria de Hölderlin, y le rogó explícitamente que le enviara algún texto. Él le envió el poema «A las parcas», en el que aparece el motivo de la disposición a la muerte después de una obra lograda:

Un día logré expresar lo sagrado,
que dentro de mi corazón anida,
llegué a componer la poesía [...]
el silencio acojo con agrado
en medio de la región sombría
(MA I, 188).

Pero corrió después a enviar una carta que había de disipar sus miedos. «En general he de rogarle, ¡queridísima mamá!, que no tome rigurosamente en serio todo lo que lee en lo escrito por mí» (8 de julio de 1799; MA II, 789). Su madre no tenía acceso al mundo de la poesía, y tampoco entendía la pasión poética de su hijo. Más tarde se convenció de que en definitiva había sido la poesía lo que había destrozado a su hijo. Su deseo era que Hölderlin llegara a ser párroco, y empujaba al hijo en esa dirección. Quería que su hijo tuviera mujer y niños en una casa parroquial, y que allí hubiera sitio para ella en la vejez; con este fin conservaba el dinero heredado.

A pesar de las tensiones y contrastes, Hölderlin mantuvo el apego y el vínculo profundo de afecto con su madre durante largo tiempo. Le resultaba difícil apreciarse a sí mismo si no se sabía protegido por el aprecio materno: «¿Puedo decírselo de una vez? Cuando tantas veces tenía embrutecido mi sentido, y sin descanso iba a la deriva entre los hombres, la única razón era mi convencimiento de que usted no sentía alegría por mi persona» (11 de diciembre de 1798; MA II, 720).

Hölderlin escribió con frecuencia a su madre. La mayor parte de sus cartas están dirigidas a ella. Son misivas cordiales, y a la vez siempre respetuosas, e incluso formales, con un fondo de miedo y tensión; también está en juego cierta táctica. No quería inquietarla, quitaba importancia a ciertas cosas y silenciaba muchas otras. Nada contaba de sus historias de amor; en cambio, insistía constantemente en lo mucho que la quería. Evita el conflicto con ella. Pero cuando la madre, con su tristeza, provoca una mala conciencia en él, que ya posee una «propensión a la tristeza», o le presiona de cualquier otra manera, se defiende. Es consciente de que su madre ha sufrido, se

le han muerto dos maridos y tres niños; y, sin embargo, el joven de diecinueve años le recuerda con cierta impertinencia que es su deber de cristiana no entregarse a «una tristeza excesiva», y le recomienda que se alegre de la «hermosa primavera» (abril-mayo de 1789; MA II, 450). Era su defensa contra las presiones maternas. En otra ocasión le escribe que ella no debía: «entrar en una alianza secreta con el dolor, ni permitir con excesiva generosidad que éste se mueva en ella a sus anchas» (10 de julio de 1797; MA II, 660).

Pero es sorprendente que la madre, después de la vigilancia constante de la vida de su hijo, desde que éste se derrumbó se distanciara por completo de él. Probablemente, entre 1807 y su muerte en 1828, nunca lo visitó en la torre de Tubinga. Hölderlin en los primeros años pasados allí tenía ataques de rabia cuando alguien le recordaba aunque fuera de lejos a la familia y los parientes.

En su época de preceptor, Hölderlin se había visto obligado una y otra vez a pedir dinero a su madre. Si bien, en realidad, lo que pedía era su propio dinero. Al morir su padrastro Gok, se distribuyó la herencia del primer matrimonio entre ella y los hijos nacidos de ese matrimonio, o sea, Rike y Friedrich. En un principio el hermanastro Karl no recibió nada, pues en el segundo matrimonio no se produjo ninguna ganancia, y Gok mismo no había aportado ningún bien de fortuna al matrimonio. Esta constelación será perjudicial para la relación de Hölderlin con su hermanastro, pues éste no pudo estudiar y hubo de conformarse con una formación de escribiente. Karl estaba descontento con su destino y tuvo que dejarse consolar por Friedrich en numerosas cartas, a las que éste daba un sentido pedagógico. Friedrich quería que Karl, seis años más joven, participara en su mundo intelectual, y Karl se lo agradecerá, pero entenderá también que es mejor decidirse por su propio mundo. Dio este giro con toda seriedad. Hábil como era, hizo carrera en su profesión y llegó a ser intendente de las propiedades vinícolas en torno a Stuttgart. Su posición era prestigiosa. Pasaba por ser el mejor conocedor del vino de Württemberg, y de hecho escribió un libro sobre este tema. En 1831 pasó a

formar parte de la nobleza. Fue Karl Gok el que en los años veinte preparó una colección de poemas de Hölderlin, que luego Uhland sacó a la luz. Cuando apareció el volumen en junio de 1825, Karl Gok se lo envió a su hermano con las palabras: «Así se han conservado para el mundo los frutos de tu excelente poesía, y en ésta venerará tu recuerdo todo hombre culto de sentimientos profundos» (25 de julio de 1826; MA II, 960). No nos ha llegado ninguna respuesta directa de Hölderlin. Pero cuando un visitante hizo en cierta ocasión la observación de que los poemas estaban bien redactados, Hölderlin dijo enfadado que no necesitaba esa ayuda, pues sin duda era él quien mejor podía redactar sus propias obras.

Después de la muerte de la madre en 1828 se produjo una disputa por la herencia. Rike exigía que se redujera la parte de Friedrich, basándose en que los largos gastos de asistencia casi habían agotado la parte de la fortuna correspondiente al hermano. No obstante, el tribunal competente no le dio la razón, y se remitió a una disposición de la madre en la que ella decía que no se había de descontar al hijo nada de los gastos «si él se mantiene sumiso».

A la muerte de la madre, cuya fortuna activa había aumentado hasta los 19.000 florines (varios cientos de miles de la moneda actual), Hölderlin era un hombre bastante acaudalado, pero él apenas recibió nada de su fortuna. De hecho ya lo era antes, pues en la distribución de la herencia después de la muerte de su propio padre en 1774 se le restaron a Friedrich, que entonces tenía cuatro años, algunos miles de florines, que la madre invirtió en créditos hipotecarios y préstamos, cuyo valor aumentó mucho en el curso de los años. Sin duda la madre estaba capacitada para los negocios, aunque no sentía avidez por el propio enriquecimiento. Quería asegurar el futuro a su hijo y a su hermana, a la que se le liquidó la herencia al casarse. En el caso de Hölderlin se trataba de prepararle un futuro según los deseos de la madre: él había de ser párroco. Por eso administraba fielmente la parte de herencia que correspondía al hijo, pues con ello podía presionarle y hacer que hasta cierto punto dependiera de ella. Y a Hölderlin por su

parte le faltaba el valor para exigir la libre disposición sobre los bienes hereditarios que le correspondían. Si lo hubiese hecho, su vida habría transcurrido de otra manera. Quizás habría terminado pronto la formación teológica, y posiblemente no habría tenido que atormentarse por los puestos con frecuencia humillantes de preceptor. En general habría podido desarrollarse con más libertad. Es una ironía del destino que la independencia económica, tan necesaria antes, le llegara precisamente cuando estaba en la torre de Tubinga y ya no podía emprender en verdad nada.

El ebanista Zimmer, el propietario que se ocupó fielmente de Hölderlin en Tubinga, hizo correr un rumor según el cual la madre en el primer embarazo, que transcurrió con dificultad, hizo el voto de que si la criatura era un niño «había de destinarse al Señor» (KA 3, 677), es decir, el rumor de que desde el primer momento Hölderlin estaba consagrado a la profesión eclesiástica, pero que él se había resistido siempre a ello, pues no se sentía atraído por la teología. Había tenido «demasiada filosofía de la naturaleza», tal como Zimmer se expresaba.

De hecho, la madre apuntaba ya a la teología cuando Hölderlin fue llevado a la escuela de latín en Nürtingen. Se trataba de la preparación para los tres exámenes estatales, primero en las escuelas conventuales de Denkendorf y Maulbronn, y finalmente en el seminario de Tubinga. Por tanto, en Württemberg, comenzando por los jóvenes de catorce años, se cribaba rigurosamente con apoyo estatal y a través de numerosos exámenes a la élite dotada que había de ejercer los ministerios de la Iglesia protestante.

La escuela de latín no le bastaba a la madre, y pagó además clases adicionales del diácono Nathanael Köstlin, cosa que en todo caso fue una suerte para el adolescente Hölderlin. En efecto, el muchacho se apegó a este hombre, erudito y cálido a la vez, que ejercía su autoridad sin oprimir. Una descripción coetánea dice que Köstlin difundía «su propia impresión de pureza de la existencia» y una «suave benevolencia», de modo que era objeto de «veneración» y «amor» (cit. en Wittkop, 20). Este hombre fue importante para Hölderlin también porque en su

casa conoció a su sobrino Schelling, «el niño prodigio» de diez años, al que apenas le quedaba ya nada por aprender en las escuelas públicas. Más tarde Schelling recordará cómo lo intimidaba el compañero de escuela con más edad, y cómo Hölderlin, con cinco años más que él, asumió la tarea de protegerlo. A diferencia de Hölderlin, Schelling no necesitó frecuentar las escuelas de Denkendorf y Maulbronn, pues él ya no podía aprender nada allí. Su padre, un párroco muy bien formado, le dio lecciones hasta que el hijo obtuvo el permiso especial para entrar en el «seminario» a los quince años. Allí se encontró de nuevo con Hölderlin, y los dos compartieron durante cierto tiempo una misma habitación junto con Hegel.

Para Hölderlin este Nathanael Köstlin, el tío de Schelling, fue un mentor importante en los años de juventud. Más tarde Hölderlin preguntará por él repetidamente, y Köstlin por su parte seguirá con interés el proceso de desarrollo de su anterior pupilo.